

CAPÍTULO VIII

NEUROSIS INFANTIL - NEUROSIS EN LA INFANCIA: CONSIDERACIONES SOBRE SU TRATAMIENTO EN LA OBRA DE FREUD.

María Cristina Piro, María Romé

“...no procediendo jamás sino por los rodeos con que el inconsciente abre camino al volver sobre sus pasos. Mostré lo que era la fobia de Juanito, donde él paseaba a Freud y a su padre, pero donde desde entonces los analistas tienen miedo.”

Lacan, J. (1993). Psicoanálisis, Radiofonía y Televisión. Barcelona: Anagrama

El presente capítulo tiene por objeto delimitar el tratamiento que en los desarrollos freudianos se otorga a las categorías de neurosis en la infancia y neurosis infantil, con el propósito de establecer las diferencias existentes entre ambas. Si recordamos que, en la práctica psicoanalítica, la terapéutica coincide con la investigación, es decir con la búsqueda de los factores causales que se expresan en las manifestaciones sintomáticas, podemos introducir una primera hipótesis: la neurosis Infantil es una de las formas que Freud (1909a, 1909b, 1925) propone para conceptualizar la causación de las neurosis. En tal sentido, intentaremos profundizar en la clásica distinción entre *neurosis en la infancia* como categoría clínica y *neurosis infantil* como aquella reconstrucción efectuada en el análisis de un adulto, el núcleo infaltable de los síntomas infantiles que sirve de antecedente necesario a la estructura de la neurosis.

Presentación

A partir de la modernidad, a la que debemos su invención en tanto categoría, el niño ha sido objeto de interés para distintos discursos. Lo jurídico, lo pedagógico, lo asistencial, lo político han ido definiendo campos de intervención especializados que determinan, a su vez, precisas distinciones entre niño y adulto.

Por su parte, el psicoanálisis, en tanto discurso, se ha planteado desde sus comienzos que “el niño es el padre del hombre”. La referencia a la sexualidad infantil perverso polimorfa a partir de las fantasías del adulto, hace del niño un nombre de esa sexualidad remanente, goce perturbador que persiste, cicatrices de una legalidad siempre fallida. Sin embargo, persisten las preguntas, particularmente si somos convocados por la clínica con niños: ¿Qué es un niño para el psicoanálisis? ¿Posee, desde el discurso analítico, alguna singularidad? ¿Cuál es el estatuto del niño para Freud? ¿Hay continuidad entre el niño y el adulto? Trataremos de encontrar algunas respuestas a estos interrogantes orientados por la necesidad de distinguir el binomio conceptual que da título al trabajo.

El niño-pre sexual de las neuropsicosis de defensa

En virtud de que la *neurosis infantil*, en tanto categoría metapsicológica, se inscribe en el segundo momento causal, con la consecuente reformulación de la etiología sexual en dos tiempos, se hace necesario a los fines de contextualizar la génesis de este concepto, realizar una breve reseña de sus antecedentes en las concepciones tempranas de Freud.

En un primer momento, en la teoría de la seducción (1894-1900), Freud sitúa “lo infantil” en el lugar de la causa, bajo la modalidad de la teoría del trauma, como una referencia última transparente, como una huella mnémica final que se corresponde de manera simple con la realidad objetiva. Junto a otros factores etiológicos, lo infantil aparece bajo la forma de un “trauma sexual infantil” acontecimiento vivido, cuyo efecto póstumo da lugar a la puesta en

marcha de un mecanismo psíquico, que distingue a las neuropsicosis de defensa. El niño, pre sexual, es un ser indefenso, que habría sido sometido en la realidad al atentado de un adulto perverso.

La sexualidad infantil es, en ese contexto, considerada contingente. Hace su entrada a partir de una vivencia sexual prematura, efectivamente ocurrida, una “escena de seducción” por parte de un adulto gozador. Freud establece entonces que tales vivencias sexuales de la infancia dejan como secuela huellas mnémicas, que adquieren una capacidad patógena por “efecto retardado” en períodos posteriores de la maduración sexual; huellas cuya reproducción luego de la pubertad generan un displacer renovado que activa el mecanismo de defensa. Propone así un trauma en dos tiempos, que requiere de la interposición del desarrollo sexual de la pubertad para adquirir su carácter patógeno.

El niño perverso polimorfo y la fantasía

Pero hay un segundo momento de los desarrollos freudianos en torno al problema de lo que se encuentra como factor etiológico: se trata del descubrimiento de la sexualidad infantil y la elaboración de la teoría de la fantasía privilegiada en lo que Freud denominaba “la realidad psíquica”, situada en el orden de la ficción (1901-1920). Este período se caracteriza por el pasaje del trauma como real fáctico a la fantasía, siendo el concepto de pulsión el real biológico incluido en su estructura compuesta. Freud intentará vincular la fantasmática inconciente con lo real de la estructura. El armazón de la escena en que se pone en juego el deseo tiene una fuente pulsional, definida por la sexualidad que desde entonces siempre será infantil. Freud introducirá, como avatares en el largo camino que recorre la libido en su desarrollo, el par fijación-regresión, herramientas metapsicológicas que, junto a las diversas declinaciones del mecanismo de la represión, le permiten repensar la génesis de los síntomas neuróticos. En esta etapa, que culmina con la formalización de las series complementarias, la fantasía adquiere un estatuto fundamental en la causación de la neurosis, situación que conducirá a Freud a precisar tanto su estructura como su función en la producción de los síntomas, aquello más

cercano a lo reprimido. Es en este momento cuando Freud conceptualiza la “neurosis infantil” como tal.

Las Teoría sexuales infantiles

En este punto, entendemos que las teorías sexuales infantiles merecen un tratamiento especial. Ya en 1907, Freud sostendrá la imposibilidad del sujeto para dominar la sexualidad. El niño no posee los medios intelectuales necesarios para ello, por lo que intentará simbolizar aquello que se le presenta como enigmático. ¿Qué lugar otorgarle a estas teorías, a estas elaboraciones “que constituyen una parte determinante sobre la forma en que se presentarán los síntomas”? ¿Pueden, estas producciones, llegar a constituir la matriz de las fantasías implicadas en el síntoma? Los saberes infantiles, las teorías que el niño crea y desarrolla, no son teorías abstractas que desaparecerán sin rastros: son, por el contrario, la matriz de la futura neurosis del adulto. Freud lo enuncia claramente: su conocimiento “(...) *es propiamente indispensable para la concepción de las neurosis mismas: allí, las teorías sexuales infantiles tienen aún curso y constituyen una parte determinante sobre la forma que presentarán los síntomas*”. (Freud, Teorías sexuales infantiles. La vida sexual). Estos saberes, que ponen en movimiento la curiosidad del niño, son el intento por establecer una relación entre satisfacción y saber. Y, más allá de eso, ofrecen una posibilidad frente a los enigmas que se suscitan a partir de experiencias a las que no puede dar respuesta. Las preguntas ¿de dónde vienen los niños? y ¿qué quiere decir estar casado? O, como lo formula en Tres ensayos, ¿en qué consiste la relación sexual? instalan, para el sujeto infantil, dos cuestiones: la primera, qué soy yo como niño para mi madre, pregunta a menudo actualizada por el nacimiento de un hermano, y la segunda, cómo significar la relación sexual. El niño no diferencia masculino y lo femenino para significar la relación sexual porque carece del operador que le permitiría hacerlo. Por esta razón, el armado de las teorías, el recorrido por la pregunta, es el testimonio de la estrategia puesta en juego para tramitar lo pulsional, mediante una particular juntura entre saber y satisfacción, ligados en una relación dialéctica. No son puro saber en sí mismas: representan el ejercicio de una satisfacción. El pene,

dice Freud, da testimonio de ello *“por su excitación que acompaña todo este trabajo de pensamiento”* (Teorías sexuales p. 18). Y más aún, en 1923 afirmará que *“la fuerza motriz que esta parte viril desplegará más tarde en la pubertad se manifiesta en esta época esencialmente como necesidad urgente de investigación, como curiosidad sexual”*.

Como lo señalamos al comienzo, esta teorías confrontan al sujeto infantil con la cosmovisión que estructura su universo produciendo en algunos casos una escisión psíquica producto de la incompatibilidad que se produce entre el universo que sostiene su existencia vinculado a la madre fálica y lo que le viene, como dice Freud, de sus excitaciones internas. Escisión que se ve conmovida por el descubrimiento de la falta de pene en la madre y el surgimiento del problema de la castración como castración materna. La idea del padre agente de la castración llega en segundo término como un intento de pacificación ante lo que no tiene respuesta, más aún si el niño persiste en su identificación fálica, en los idilios de su relación con la madre. La reformulación que realiza Lacan, nos permite situar que más allá de la imaginarización del padre terrible, resulta fundamental la sanción simbólica que afecta al pene otorgándole una significación fálica. Se trata de una represión secundaria, como lo señala Freud, íntimamente vinculada con la constitución de los ideales. De esta manera, el síntoma neurótico que presenta el niño, particularmente las fobias infantiles, puede ser entendido como intentos de resolver el agujero de saber que se produce cuando se conmocionan las identificaciones. Apelación al padre, al agente de la castración que se interponga entre la madre castrada y el niño en el lugar del falo, y que llevará el nombre del elemento alrededor del cual van a gravitar toda clase de significaciones, elemento que suple lo que faltó y que, más allá de la forma típica que elija para ser representado, tiene una función muy precisa. El complejo de castración, el descubrimiento de la castración femenina, marcará el fin de las teorías sexuales y, por efecto de la represión, su amnesia infantil, junto con la terminación de la infancia.

Desde esta perspectiva, es lícito afirmar que las teorías sexuales infantiles, los saberes infantiles, pueden ser consideradas como otro nombre de al fantasía en el niño, y pueden constituirse como la matriz del síntoma. Freud irá más

lejos aún, diciendo que ese saber que a partir de ellas se elabora es el núcleo mismo el inconsciente.

La neurosis en el niño en los historiales freudianos

Si bien el presente tema será desarrollado de manera exhaustiva en el capítulo VII nos ha parecido necesario, a fin de precisar la noción de *neurosis en la infancia*, en primer lugar, cernir la estructura y función que Freud otorga en sus historiales a los síntomas infantiles y, en segundo término, despejar el valor que aquel les adjudica en relación con la neurosis del adulto.

En **Dora** (1905), Freud considera, entre otros elementos clínicos de importancia como antecedentes del estado actual de la neurosis, su enuresis secundaria, después del 6° año, como “prueba indiciaria de la masturbación infantil”. En cuanto a la función, agrega, con mayor contundencia:

“... los síntomas histéricos casi nunca se presentan mientras los niños se masturban, sino sólo en la abstinencia; expresan un sustituto de la satisfacción masturbatoria, que seguirá anhelándose en el inconsciente hasta el momento en que aparezca una satisfacción más normal de alguna otra clase”. (Freud 1905, p.96)

Aquí se verifica que el síntoma infantil, en tanto índice, tiene estructura de formación sustitutiva en dos sentidos: en primer término, el síntoma expresa la identificación con su hermano mayor, quien padecía de una enuresis primaria. En segundo lugar, entraña una satisfacción que alcanza el cuerpo y procura una descarga real para la exigencia de la libido. Desde esta perspectiva, la enuresis, el asma y la tos son síntomas presentes en Dora en su niñez y son resultado de una defensa y de un retorno de lo reprimido.

Asimismo, en **el Hombre de las ratas** (1909), Freud también encuentra manifestaciones neuróticas en la niñez, a partir de los 6 años de vida. Para él, estos fenómenos no constituyen solamente el comienzo de la enfermedad:

“sino [que nos confrontan] con la enfermedad misma. Una neurosis obsesiva completa a la que no le falta ningún elemento esencial, al mismo tiempo el núcleo y el modelo del padecer posterior, por así decir, el organismo elemental cuyo estudio -y sólo él- nos proporcionará la escala para medir la organización compleja de la enfermedad de hoy”. (Freud 1909, p.130)

Junto a un deseo, todavía no obsesivo, de mirar desnudeces femeninas, se anudaba ya un temor obsesivo: toda vez que pensaba algo así, el paciente era forzado a temer que algo terrible e impreciso sucediera.

Ahora bien, cabe preguntarse por el vínculo que Freud establece entre estas manifestaciones neuróticas de la niñez y los síntomas por los cuales consulta Pablo, el Hombre de las ratas. Un primer aspecto de la relación es que estos síntomas presentan la misma envoltura formal que los del adulto; a saber, un pensar compulsivo, absurdo e impreciso, que es combatido en el plano del pensamiento y de la acción. De modo semejante, la enuresis secundaria de Dora niña nos confronta con un desarreglo de las funciones del cuerpo, perturbación del yo corporal, sufrida pasivamente por el yo psíquico, con un relieve fenoménico equivalente al de la posterior tos nerviosa, alrededor de la cual se vertebrará gran parte de la elaboración de Freud sobre dicha “petite hystérie”. ¿Qué le permiten aseverar estas constantes clínicas que insisten en el tiempo para cada agrupación sintomática?

Por otra parte, Freud ya había constatado y establecido en *Tres ensayos* los rasgos cardinales de la sexualidad de los niños: perversa, polimorfa y autoerótica. Y tal como ya lo hemos expuesto, planteaba que los síntomas neuróticos en la niñez implican una resignación del quehacer sexual: la masturbación, el chupeteo en Dora y el mirar compulsivo del Hombre de las Ratas.

Es importante señalar que el interés de Freud en la caracterización de estos síntomas reside en encontrar fundamentos para apoyar su hipótesis causal. Tanto la pequeña histeria, que era Dora, como el precoz obsesivo que era Pablo, presentan una sintomatología cuyos rasgos esenciales atestiguan su valor de resultado, de retorno de lo reprimido. En efecto, en ambos casos, la presencia de los mismos rasgos fenoménicos testimonia una identidad de naturaleza con los síntomas de los neuróticos adultos.

La actividad sexual infantil es, para Freud, un hecho constatable. También lo es el hecho de que los síntomas irrumpen tras su abandono. Junto a su fina capacidad de observación, Freud arriesga entonces una lectura: la represión se activa para desalojar mociones inconciliables de naturaleza incestuosa y perversa. Esta lectura articula –aunque no sin una laguna fundamental-

sexualidad y represión, a la base de los síntomas neuróticos, mediante una referencia al mito edípico y en particular al padre. La clínica freudiana desplegada en el campo de la transferencia, tal como lo reflejan los historiales mencionados, permite ubicar el pasaje del padre en su dimensión fenoménica al padre en su función en la estructura. Recordemos cómo particulariza en Dora la general “*incapacidad para cumplir la demanda real de amor (...) uno de los rasgos de carácter más esenciales de la neurosis*: ante el hombre real tentador, el Sr. K, Dora huye a refugiarse al ámbito de la fantasía...a los brazos de su padre:

“Quien haya aprendido a conocer la fina estructura de esos productos que son los sueños no se sorprenderá si halla que el deseo de que el padre sustituyera al hombre tentador no trajo el recuerdo de un material infantil cualquiera, sino justamente de aquel que mantiene también las relaciones más íntimas con la sofocación de esa tentación. En efecto, si Dora se siente incapaz de ceder al amor por ese hombre, si llega a reprimirlo en vez de entregársele, con ningún otro factor se entrama esta decisión de manera más íntima que con su prematuro goce sexual y sus consecuencias, el mojarse en la cama, el catarro y el asco.” (Freud 1909, p.77)

Este párrafo de Freud presenta la *prematurez de la satisfacción sexual*, un rasgo estructural, como causa de los síntomas neuróticos en la infancia – la enuresis, el mojarse en la cama - ahora pensada como resto prehistórico, deseo inconsciente que, vía su fecundidad en fantasías, posibilita el retorno insistente del sueño de transferencia, de una huida renovada ante la demanda *real* de amor.

En el caso del **Hombre de las ratas**, podemos constatar este mismo desplazamiento desde el padre fáctico y, por lo tanto, accidental, a un padre fantaseado y necesario. Señala Freud que, sólo por el “doloroso camino de la transferencia” Pablo pudo adquirir el convencimiento de que “repetía un viejo arquetipo”, de que su auto-martirio obsesivo, sus dudas y postergaciones, exigían un complemento inconsciente, una “*ya adquirida en la prehistoria, y devenida luego latente, contra el padre amado*”:

“Responde por entero al complejo nuclear infantil que el padre reciba el papel del oponente sexual y del perturbador del quehacer auto-erótico, y la realidad efectiva tiene habitualmente buena participación en ello”. (Freud 1909, p.163)

A partir de lo expuesto sobre estos historiales de neuróticos adultos, podemos pensar a la *neurosis infantil reconstruida* como aquellas mociones de deseos inconscientes, que insisten bajo la forma de un elemento fijo, prehistórico, el “complejo nuclear de la neurosis”. Se trata de una invención, poetización

universal que, en la pubertad, distorsiona el recuerdo de las concupiscencias auto-eróticas elevando sus huellas mnémicas al estadio de amor de objeto, bajo la forma de seducciones o atentados fantaseados.

Contamos con la exposición más pormenorizada de la noción de *neurosis infantil* en la obra de Freud: aquella que establece en el historial del “**Hombre de los Lobos**” y que lleva por título justamente “Historia de una neurosis infantil.”

En el texto dedicado al tratamiento del aristócrata ruso Serguéi Pankéyev, (1918 [1914]) aparecen planteados con claridad el problema del valor de las construcciones, de la fantasía y del factor infantil.

“El caso clínico sobre el que informaré aquí -si bien sólo de manera fragmentaria- se singulariza por cierto número de particularidades que es preciso poner de relieve antes de pasar a su exposición. Se trata de un joven que sufrió un quebranto patológico a los dieciocho años, tras una infección de gonorrea; cuando entró en tratamiento psicoanalítico, varios años después, era una persona por completo dependiente e incapaz de sobrellevar la existencia. Había vivido de una manera cercana a la normal los diez años de su mocedad transcurridos hasta el momento en que contrajo la enfermedad, aprobando sin grandes problemas sus estudios secundarios. Pero en su primera infancia estuvo dominado por una grave perturbación neurótica que se inició, poco antes de cumplir los cuatro años, como una histeria de angustia (zoofobia); se traspuso luego en una neurosis obsesiva de contenido religioso, y sus ramificaciones llegaron hasta su décimo año. (...) Mi descripción tratará entonces de una neurosis infantil que no fue objeto de análisis mientras persistía, sino sólo quince años después de pasada”. (Freud 1918, p.9).

Como puede advertirse en el final del párrafo seleccionado, en el primer capítulo del artículo Freud adelanta ciertos rasgos generales del historial que, a diferencia de los que ya hemos comentado, ponen de relieve su singularidad: en el caso del “hombre de los lobos”, no se trata entonces del relato de un análisis, sino más bien de exponer la reinterpretación de la neurosis infantil que se construyó en ese análisis quince años después.

Habría un tiempo de la historia del padecimiento propiamente dicho, el de la secuencia de la neurosis infantil y el de su construcción a posteriori, lo que da cuenta de los obstáculos de lo particular clínico que se dispone a construir. Pero con el agregado de que Freud se ve aquí confrontado con un tiempo no cronológico, *Nachträglichkeit*, efecto retroactivo que no sólo atañe al análisis sino también a la estructura del historial.

En este historial, lo que aparece en discusión es el valor patógeno *per se* del “factor infantil”, esto es, el valor que un suceso infantil puede tener en la

posterior neurosis. El Hombre de los lobos da testimonio de una zoofobia infantil, lo que prueba para Freud que las vivencias infantiles tienen efecto por sí mismas, *“son capaces por sí solas de producir una neurosis sin que para ello haga falta la huida frente a una tarea planteada por la vida”*:

“...es lícito aseverar que los análisis de las neurosis de la infancia pueden ofrecer un interés teórico particularmente grande. El servicio que prestan a la recta comprensión de las neurosis de los adultos equivale, más o menos, al que los sueños de los niños brindan respecto de los de aquellos. Y no porque sean más transparentes o más pobres en elementos; al contrario, para el médico es harto dificultoso lograr una empatía de la vida anímica infantil. Lo que ocurre es que en ellos sale a la luz de manera inequívoca lo esencial de la neurosis porque están ausentes las numerosas estratificaciones que se depositan luego”. (Freud 1918, p.10).

Este último historial refleja el esfuerzo de Freud por brindar una reconstrucción exhaustiva de una neurosis en la infancia, signada por “la perturbación en el comer, la fobia al lobo y la beatería obsesiva (...) que conlleva la predisposición al quebrantamiento neurótico de los años posteriores a la pubertad”. Este primerísimo tratamiento del factor infantil, cuya irrupción es posible sin que para ello sea necesaria la “huida frente a los apremios de la vida” –recordemos la demanda real de amor que Freud postulaba en el historial de Dora-, implica, por lo tanto, la posibilidad de un inaugural retorno de lo reprimido sin una predisposición poetizada en la pubertad de la que, por el contrario, él mismo se constituye en antecedente necesario. Freud asevera a continuación que toda neurosis de un adulto se edifica sobre su neurosis de la infancia, adquiriendo la misma un carácter necesario y estructural, aunque no siempre sea lo bastante intensa como para llamar la atención y ser discernida como tal.

Muy diferente se nos plantea el problema de la estructura de la neurosis en el historial de Juanito en 1909. ¿Cuáles son las particularidades que podemos encontrar? Trataremos de analizar las enseñanzas que nos ofrece este caso para situar la especificidad de la neurosis en la infancia.

El caso Juanito

El Análisis de la fobia de un niño de 5 años (Freud, 1909) tiene su origen en el interés freudiano de investigar, mediante la observación de un niño

“las mociones pulsionales y las formaciones de deseo que en el adulto exhumamos con tanto trabajo de sus enterramientos y acerca de las cuales, además, aseveramos que son patrimonio constitucional común a todos los seres humanos y en el neurótico no hace sino mostrarse reforzadas o deformadas.”
(Freud 1909, pg. 8).

Freud había extraído sus descubrimientos acerca de la sexualidad infantil de su experiencia psicoanalítica con neuróticos adultos. En esa dirección, tributario del espíritu científico de la época, y con el propósito de obtener una confirmación directa, pidió a sus discípulos que recogieran observaciones sobre la vida sexual de sus hijos.

Es decir que Juanito se nos presenta, inicialmente, como un niño de la observación. Criado en un ambiente amable y propicio, con padres formados intelectualmente y con intenciones progresistas, las restricciones que padeció Hans fueron las absolutamente necesarias y “éste creció lejos de toda intimidación”, según comenta Freud. Juanito era un niño muy despierto, quien manifestaba gran curiosidad por el hace-pipí (su pene), lo cual lo convirtió en un investigador. No obstante, y a pesar de las bondades del contexto, Juanito desarrolla un síntoma, una fobia, convirtiéndose, de esta manera, en el primer analizante niño y su caso, en el texto principal de Freud consagrado al niño y a su inscripción en el discurso analítico.

Esta fobia se presenta con la apariencia de un miedo, miedo irracional a los caballos: es el miedo que reemplaza a la angustia indefinida inicial. Freud se pregunta por las razones de la emergencia del síntoma y por los procesos en juego en la elección del caballo como objeto de la angustia. Freud apela a la represión de mociones sexuales perversas e incestuosas como herramienta conceptual para pensar las manifestaciones de esta histeria de angustia a partir de la reformulación de la vieja noción del trauma sexual en dos tiempos. Considera la zoofobia infantil de Juanito como una psiconeurosis en la que un trauma auxiliar, presenciar la caída de un caballo en un momento de intensa privación de su satisfacción sexual, reactiva mociones incestuosas

exitosamente sepultadas un año antes. Esta lectura forzada, en términos de la represión secundaria -de lo que en realidad representa un primer triunfo sobre el quehacer sexual infantil-, parece olvidar que entre los dos tiempos del trauma debe mediar la pubertad y que el segundo es gatillado por la insistencia de un deseo inconsciente que liga, en el campo de la transferencia, un objeto no prohibido, cuando de neurosis se trata.

A pesar de esta posible vacilación metapsicológica, a Freud no se le pasa por alto, *“que la contracción de histeria de angustia es aquella que menos títulos reclama a una constitución particular”* (Freud 1909, p.95)

Como se había señalado anteriormente, Freud plantea la constitución como aquel conjunto de mociones incestuosas conflictivas que, en calidad de integrantes del complejo nuclear de la neurosis, establecen una nueva y heterogénea configuración de la prehistoria inconsciente desde la pubertad, predisposición patógena ya en vigencia durante el período de salud aparente del adulto.

Las consecuencias de sus interpretaciones en el marco del análisis del pequeño neurótico quedarán en segundo plano; y esto, porque, preocupado por encontrar una referencia causal, considera el derrotero de la evolución de la fobia de Juanito en términos de una revelación progresiva del supuesto sentido oculto de la fobia inicial. Dicha posición, lo conduce a “reclamar para esta neurosis infantil un significado típico y paradigmático, [derivado] de muy pocos procesos relativos a idénticos complejos de representación”. (Freud 1909, p. 117)

Ciertamente, Freud no parece privilegiar los efectos actuales de la comunicación de sus construcciones al niño, en el marco de los lazos transferenciales fundacionales “sin una constitución particular”, que posibilitan, vía los diálogos del paciente con su padre, la tramitación del síntoma fóbico. Es oportuno señalar, en relación con la respuesta subjetiva del analizante a estas intervenciones, que es justamente en el terreno de la relación transferencial que se pone claramente de manifiesto la distancia existente entre el niño como metáfora lumínica de la verdad -referencia última de los síntomas del neurótico adulto-, y las producciones de Juanito durante aquellas “conversaciones” con

su padre, testimonio cabal de las transformaciones sucesivas de un sujeto de la palabra.

Es en el tercer momento causal donde Freud vuelve sobre la zoofobia infantil otorgándole un valor arquetípico, ya no solamente de los conjuntos de deseos inconciliables a la base de los síntomas neuróticos, sino de la necesaria y novedosa conexión entre angustia, represión, y formación de síntoma. Pero antes de revisar esta última etapa de la obra freudiana donde una vez más se ponen en tensión los conceptos de neurosis infantil y neurosis de la infancia,

El giro de los años 20

Freud vuelve sobre el caso de la fobia infantil de Juanito, más aún el caso se convierte en el principal paradigma clínico que le permite reformular su teoría de la angustia. Allí, parte del estudio de las zoofobias infantiles, consideradas más transparentes que la histeria y la obsesión para precisar los motivos de la represión. Cuestión que había quedado como un interrogante en la redacción del historial. La reformulación del caso le permite elaborar la noción de “angustia de castración” con el modelo de la fobia, operador estructural que da la clave para enlazar sexualidad y represión, logrando finalmente la respuesta ante la pregunta que orienta la investigación freudiana: ¿por qué la sexualidad debe ser reprimida?

La segunda teoría de la angustia establece la diferencia entre la “angustia automática” y la “angustia-señal”. Esta última se produce ante la previsión de una situación de peligro, que activa el mecanismo de placer-displacer, conduciendo al Yo a emitir una “señal de angustia”, que opera como motor para la represión. De esta manera se evita el desarrollo completo de angustia (“angustia automática”), protege al sujeto de la experiencia del trauma caracterizado en términos económicos: es el exceso, lo que el sujeto no puede soportar, y conduce a la impotencia, o sea, al avasallamiento del yo. En síntesis, la angustia señal, discreta, es considerada como el factor que activa la represión propiamente dicha o secundaria. A partir de aquí, la angustia de castración deviene motor del sepultamiento del complejo de Edipo. Se considera entonces que es necesario reprimir la mociones pulsionales

incestuosas porque ha aparecido el agente de la castración temida, o en su lugar el objeto temido que puede morder.

Freud equipara, a esta altura de sus desarrollos, el temor de Juanito y la zoofobia del Hombre de los lobos. En ambos, se trata del mismo peligro: la angustia frente a una castración inminente. En cuanto a Juanito, por angustia de castración éste resigna la agresión hacia el padre; su angustia de que el caballo lo muerda puede completarse, sin forzar las cosas: que el caballo le arranque de un mordisco los genitales, lo castre. En ambos casos el motor de la represión es, para Freud, la angustia frente a la castración; los contenidos angustiantes son sustitutos desfigurados del contenido “ser castrado por el padre”. Hasta aquí la prevalencia del complejo paterno, ya entrevisto en su cualidad estructural en el abordaje de las neurosis de la infancia en los historiales.

Pero, ¿acaso no podría pensarse que Freud vuelve a caer en el error de forzar la clínica de Juanito –y también de la reconstrucción del miedo a los lobos del paciente ruso-, al desdecirse de la importancia del factor infantil actual postulado en 1918 y concebir, para el surgimiento de tales síntomas, un mecanismo que, en realidad, vale para la formación de síntoma del neurótico adulto (represión propiamente dicha o represión secundaria)?

Por el contrario, ¿no podría contemplarse que el modelo que permite pensar mejor la aparición de la angustia ante el caballo –o el temor frente a los lobos- es el que Freud plantea en el capítulo II de *Inhibición, síntoma y angustia* en relación con las ocasiones inmediatas de las represiones primordiales? Al respecto, Freud refiere lo siguiente:

“En otro escrito he puntualizado que la mayoría de las represiones con que debemos habérnoslas en el trabajo terapéutico son casos de “esfuerzo de dar caza” {“Nachdrängen”}. Presuponen *represiones primordiales* {“*Urverdrängungen*”} producidas con anterioridad, y que ejercen su influjo de atracción sobre la situación reciente. Es aún demasiado poco lo que se sabe acerca de estos trasfondos y grados previos de la represión. Se corre fácilmente el peligro de sobreestimar el papel del superyó en la represión. Por ahora no es posible decidir si la emergencia del superyó crea, acaso, el deslinde entre “esfuerzo primordial de desalojo {“*Urverdrängung*”} y “esfuerzo de dar caza”. Comoquiera que fuese, los primeros –muy intensos- estallidos de angustia se producen antes de la diferenciación del superyó. Es enteramente verosímil que factores cuantitativos como la intensidad hipertrófica de la excitación y la ruptura de la protección antiestímulo constituyan las ocasiones inmediatas de las represiones primordiales.” (Freud 1925, p.90)

A partir de los elementos teóricos propuestos por Freud en esta última etapa de su obra, el factor *infantil* actual anunciado en el Hombre de los lobos quizás pueda ser pensado en términos económicos como un excedente energético que hace efracción en el aparato anímico. Se trataría entonces de una angustia “traumática y originaria”, experiencia de aquella parte indomeñable de la etiología sexual, capaz de despertar una actividad incesante de ligazón, de elaboración inconsciente en el aparato psíquico, y de establecer las bases de la compulsión de repetición. Así, los arquetipos infantiles, aún cuando se reconfiguren en la pubertad, ejercerían su poder de atracción, de ligazón, más allá del principio del placer, en razón de su articulación problemática con ese elemento heterogéneo, el excedente constante que exige satisfacción en su ingreso al aparato anímico.

Independientemente de que respondan a un modelo u otro de la represión, Freud hacia el final del artículo no deja de otorgar a estos preludios de las neurosis infantiles el valor de “etiología más directa” de las neurosis. Son tratadas como “episodios regulares del desarrollo”. En ese sentido, aún cuando apela, dado el contexto científico de su época, a hipótesis filogenéticas, no deja de advertir que la interrupción del desarrollo sexual del ser humano obedece a un precipitado histórico que adquiere significatividad patógena. Esta se debe a que la mayoría de las exigencias pulsionales de esa sexualidad infantil son tratadas como peligros por el yo, quien se defiende de ellas como si fueran tales, de modo que las posteriores mociones sexuales de la pubertad que debieran ser acordes con el yo, corren el riesgo de sucumbir a la atracción de los arquetipos infantiles y seguirlos a la represión.

“Neurosis elemental”

Es importante señalar que, en el desarrollo de la obra freudiana, encontramos cierta ambigüedad en el uso de la expresión “neurosis infantil”. En algunas oportunidades, es empleada para designar el punto de fijación, origen inconsciente de la neurosis del adulto, de la que sólo se tendría conocimiento retrospectivamente, mientras que otras veces se emplea para referirse a

manifestaciones clínicas del momento de la infancia. Un ejemplo de esta última acepción aparece en el caso del pequeño Hans, cuya enfermedad Freud denomina “neurosis infantil”.

En ciertos pasajes de su obra, Freud establece una distinción terminológica y para referirse a las manifestaciones clínicas de la neurosis en los niños emplea otras expresiones, tales como neurosis de la infancia o neurosis de los niños. En las Actas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, de 1909, Ernst Jones afirma:

“Esperamos que terminará por hacerse evidente que todas las neurosis graves tiene su prototipo durante la infancia, de modo que tendríamos que hallar el núcleo de las neurosis ulteriores en las perturbaciones del desarrollo de la infancia. Esto es enteramente evidente, por ejemplo, en el caso de los neuróticos obsesivos. Esta neurosis se concentra, en forma casi monosintomática, en un punto y se halla completamente formada entre los seis y los ocho años. Se plantea el problema de si todos no hemos pasado por una especie de neurosis elemental en los años de infancia y si la correlación no es más íntima aún de lo que imaginamos, de modo que no sólo los elementos sino también el prototipo mismo de la neurosis tendrían su origen en la infancia. La ulterior neurosis bien puede no ser otra cosa que la magnificación de un producto- al que no podemos dar otro nombre que el de neurosis- de los últimos años de la infancia o de la parte media de la misma. En este caso tendríamos un concepto claro de la fuente de la neurosis y habríamos de interpolar la “neurosis elemental” como una etapa intermedia entre el complejo nuclear y la subsiguiente neurosis grave”.

Aquí puede leerse la neurosis en la infancia como una formación elemental vinculada a la resolución del Complejo de Edipo. Permanece candente la pregunta de Freud acerca de las razones por las cuales algunas neurosis de la infancia son “episodios regulares del desarrollo” que tienen un final resolutorio, y otras, en cambio se continúan más tarde en la neurosis del adulto. ¿Qué es aquello que determina que persistan las condiciones de angustia pretérita? Freud responde señalando que

“Parece que para cada sujeto existiese un límite, más allá del cual fallase su aparato anímico en el dominio de la descarga de magnitudes de excitación.” (Freud, 1925. P. 1242)

Esta noción de “límite”, que depende de la singularidad de cada sujeto, parece remitir a los efectos resolutorios de la neurosis de la infancia, efectos parciales, como lo indica la existencia de ese “más allá”, que nos confronta con un real insoportable en las que el sujeto se encuentra sin recursos.

En su Conferencia 23°, Los caminos de la formación de síntoma, Freud señala:

“... la observación muestra, fuera de toda duda, que las vivencias infantiles tienen una importancia que les es propia y que ya han probado en los años de la niñez. (...) Y bien; las neurosis de los niños son muy frecuentes, mucho más de lo que se supone. A menudo no se las ve, se las juzga signos de maldad o de malas

costumbres y aun son sofrenadas por las autoridades encargadas de la crianza. No obstante, viéndolas retrospectivamente desde algún momento posterior siempre es fácil individualizarlas. En la mayoría de los casos se presentan en la forma de una histeria de angustia". (Freud 1916. p.331)

Conclusiones

Freud ha demostrado y la experiencia clínica nos lo enseña, que la neurosis de un niño obedece al proceso de formación de síntomas, lo mismo que la neurosis del adulto. Nos preguntamos entonces si puede reconocerse la misma envoltura formal, cuál es la particularidad de la neurosis en la infancia.

Tal como lo hemos mencionado, la neurosis en la infancia es una neurosis del niño con sus propios mecanismos, en la que intervienen los procesos de la retórica del inconsciente y ponen en juego un real pulsional traumático. Su desarrollo así como su productividad sigue un derrotero que se enmarca en la búsqueda de una solución. La emergencia y surgimiento de síntomas neuróticos se encuentran, tal como lo señala Freud, ligados a dificultades del desarrollo infantil, relacionados con el pasaje por el Edipo y el Complejo de castración.

Es en este contexto, que se destaca el carácter elemental de la fobia, definida por Lacan como "un cristal significante", una formación del inconsciente hecha de un número limitado de significantes, en el que el niño explora todas las permutaciones posibles, intentos constituyentes de elaboración de la significación fálica, donde está la marca simbólica de la castración. La fobia aporta a Juanito una reglamentación fundamental que no es obtenido por la función paterna.

La sintomatología de la infancia no se presenta de manera simple. Al igual que los síntomas del adulto, los síntomas tiene el valor de resultado de un proceso represivo, y a la vez resultan índice velado y sustituto de la moción pulsional desalojada. Los atolladeros teóricos en los que parece caer Freud para pensar la fobia de Juanito y su posterior revisión del caso a partir de la segunda teoría de la angustia, proporcionan elementos de juicio para repensar las neurosis manifiestas de la niñez como elaboraciones del Complejo de Castración. Tras

su paso, resta un punto de fijación, el siempre renovado intento de ligazón inconsciente del excedente energético pulsional. Esta fuerza de atracción dará origen a la neurosis infantil, que en calidad de predisposición a la neurosis del adulto, consiste en una peculiar ligazón imposible de dos órdenes heterogéneos, pulsión y representación, que exige su repetición y si tiene ocasión de realizar un análisis, se despliega en el campo de la transferencia.

La fobia infantil, paradigma por excelencia de la neurosis de un niño, como bien lo dice Freud, se produce “en favor de los factores represores mismos”. Esto significa que si bien la estructura de la neurosis responde al empleo de los mecanismos de la formación de síntoma y a la retórica del inconsciente, su dirección apunta fundamentalmente al intento de una simbolizar lo real de la emergencia pulsional. Lacan ha realizado una relectura novedosa del historial al respecto, demostrando de qué manera este intento no puede dejar de conmover la identificación imaginaria que lo mantenía en una relación sin salida con su madre. En la medida que permite el paso de la angustia al miedo, se opera una restricción a partir de la nominación que tiene efectos metafóricos, creando contextos de significación nuevos. Para Lacan, la fobia de Juanito nos enseña la productividad del sujeto y la invención del cuarto elemento que permite, de una manera atípica, configurar una situación en la que puede salir del universo cerrado que lo mantenía anclado a la identificación con aquello que pudiera compensar la falta materna.

Cabe señalar que, más allá de la diferencia que se presente entre la neurosis del niño y los síntomas fóbicos del adulto, insertados generalmente en la histeria o la obsesión, ambos se presentan como una apelación al padre y responden a una localización que tiene como propósito la nominación y el evitamiento de la emergencia de la angustia.

Esta neurosis de la infancia se diferencia de la neurosis infantil como fantasía reconstruida en los análisis de adultos, como lo señaláramos particularmente en el caso del Hombre de los Lobos. En éste Freud llega a recuperar los recuerdos que le permiten hacer una “historia de una neurosis infantil”, reconstrucción hecha desde el análisis de un adulto de los síntomas infantiles; historia infantil que se reescribe en el análisis del adulto. Categoría conceptual

que apunta a la causa de los síntomas por un recurso a los orígenes, tal como se plantea en los textos freudianos.

Por último, cabe señalar que desde el psicoanálisis, no es con la neurosis infantil con la que tenemos que trabajar, sino con los fenómenos que puedan permitir al analista construir esta neurosis, en el sentido en que Freud habla de las construcciones en psicoanálisis. Esta construcción es una apuesta sobre el futuro, eso que permanecerá, de la infancia y del análisis, como determinante para el porvenir. Es el conjunto de condiciones que permiten al sujeto afrontar la pubertad y el despertar de los sueños necesarios para afrontar nuevos problemas vinculados a una pregunta que difiere de la pregunta del niño. Se trata ahora de la pregunta por “lo quiere una mujer”, si es un hombre, por “lo que desea un hombre”, si es una mujer. Es en ese momento que los efectos resolutorios o fallidos de la neurosis infantil, serán puestos a prueba.

Bibliografía

- Freud, S. (1905). Fragmento de análisis de un caso de histeria. En *Obras Completas. Tomo VII* (1993). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- (1909a) A propósito de un caso de neurosis obsesiva. En *Obras Completas. Tomo X* (2000). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
 - (1916). Conferencias de introducción al psicoanálisis. Parte III. En *Obras completas. Tomo XVI* (1994). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
 - (1918). De la historia de una neurosis infantil. En *Obras Completas. Tomo XVII* (2000). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
 - (1916). 23ª Conferencia. Los caminos de la formación de síntoma. En *Obras Completas. Tomo XVI* (1994). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
 - (1905). Fragmento de análisis de un caso de histeria. En *Obras Completas. Tomo VII* (1989). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
 - (1909b). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. En *Obras Completas. Tomo X* (2000). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
 - (1925). Inhibición, síntoma y angustia. En *Obras Completas. Tomo XX* (1992). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

- Miller, J.A. (2010). *13 clases sobre El Hombre de los Lobos*. Buenos Aires: Pasaje 865.
- Hartmann, A. (2009). *En busca del niño en la estructura. Estudio psicoanalítico de la infancia y su patología*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Valas, P. (1989). ¿Qué es un niño? En Aramburu, J; Di Ciaccio, A; et al. *Niños en Psicoanálisis*. Buenos Aires: Manantial.
- Goldemberg, I. (s.f.). *Neurosis infantil y neurosis de la infancia*. Recuperado el 20 de febrero de 2013 de: http://23118.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/informacion_adicional/electivas/659_clinpsicoa2/materiallibros/material/fichas/neurosisinfantil.rtf.
- Jones, E. (1960). Actas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena. Noviembre 17 de 1909. En *Vida y obra de Sigmund Freud. Tomo II: Los años de madurez*. Buenos Aires: Nova.
- Laurent, E. (1995). Las personas grandes y el niño. En *Psicoanálisis con niños*. Buenos Aires: Atuel.
- Napolitano, G. (2009). Estructura y desarrollo en la enseñanza de Jacques Lacan. En *Revista de Psicología*. Segunda época, n°10. La Plata: Edulp.
- Lacan, J. (1969). Dos notas sobre el niño. En *Intervenciones y textos 2*. Buenos Aires: Manantial.
- (1988). Conferencia en Ginebra sobre el síntoma. En *Intervenciones y textos 2*. Buenos Aires: Manantial.
- (1995). *El seminario. Libro 4. La relación de objeto (1956-57)*. Buenos Aires: Paidós.
- Silvestre, M (1991). *Mañana el psicoanálisis. La neurosis infantil según Freud*. Buenos Aires: Manantial.
- Morel, G. (1990). Sur le concept de névrose infantile. En *Quarto*. Año 5, n°39. Pp.34-37.
- Golbenberg, M. (2006). Lo infantil en la estructura. Variaciones del niño en la obra de Freud. En Salman, S. *Psicoanálisis con niños: los fundamentos de la práctica*. Buenos Aires: Grama Ediciones.